

LA NOBLEZA EN CATALUÑA DURANTE EL REINADO DE JAIME I

SALVADOR CLARAMUNT

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

La nobleza o, si se quiere mejor, la aristocracia nobiliaria siempre ha sido igual, y lo seguirán siendo, en cualquier momento histórico. Los grupos humanos consolidados actúan y actuarán siempre igual debido a unos motivos que lastran a las personas y por ende a los grupos que ellas forman. Estos motivos son, entre otros muchos, la ambición, la vanidad, la soberbia, la lujuria, la envidia y la desmesura. Ningún grupo tiene una perspectiva de futuro clara, parece como si única meta fuese únicamente el sobrevivir como tal. Los grupos humanos no consolidados sólo aspiran a consolidarse y a crear sus propias redes de fidelidades, y lo que aún es más grave a convertirse en una nueva aristocracia, ya sea de la sangre, del dinero, de la «inteligencia» o de unos intereses y objetivos determinados.

Pensar que la aristocracia nobiliaria en época del reinado de Jaime I hubiese actuado de diferente manera sería pecar de ingenuidad, sería creer que el género humano aprende algo de sus propios errores. Las rivalidades familiares, las ambiciones personales y las circunstancias más o menos propicias, marcaron la actuación de la nobleza en aquellos difíciles momentos para el joven monarca, y que más tarde, ya no tan joven, tuvo que hacer frente a las disensiones dentro del propio seno familiar.

Voltaire constata una realidad que ha permanecido y permanecerá inmutable al sentenciar: «Es imposible, en nuestro desdichado globo, que los hombres viviendo en sociedad no estén divididos en dos clases, la una de opresores y la otra de oprimidos, y estas dos se subdividen en mil y esas mil tienen aún matices diferentes»¹. Acertada constatación que nos ayudará a comprender, en este caso, el papel desempeñado por la nobleza en época de Jaime I y sus múltiples matices coyunturales.

¹ *Diccionario filosófico*, 3 vols., Barcelona, Daimon, 1977, p. 314.

La vida y el propio reinado de Jaime I esta marcado por la muerte de su padre y de su madre casi al mismo tiempo, pero en circunstancias muy diversas. A los cinco años se encuentra prisionero del vencedor de su padre en Muret, Simón de Montfort. Y poco después, gracias a la voluntad del pontífice de Roma, Inocencio III, del que su padre era feudatario, pasó su niñez custodiado y educado por los caballeros aragoneses y catalanes de la Orden de Temple.

Siempre la presencia y la actitud de nobleza planeará sobre sus decisiones políticas, y a pesar de los difíciles comienzos de su reinado en plena niñez, sabrá capear todos los graves inconvenientes y amenazas que supondrán para su labor de gobierno los intereses nobiliarios.

La mentalidad nobiliaria, como la de los ricos propietarios o industriales en la actualidad es muy similar en todas partes y épocas. Son grupos que una vez alcanzado un estatus social y económico lo van a defender encarnizadamente. No son muy distintos los intereses de los nobles franceses ante los Capetos o de los barones ingleses ante los Anjou-Plantagenet, o la nobleza polaca verdadera causante de crear un sistema político que acabó con el propio reino. La lista sería interminable y abarcaría desde Japón, pasando por China, Birmania, los reinos del Indostán, el mundo islámico, y un largo etcétera. El comportamiento humano siempre ha sido, es y será el mismo. Se puede encabezar un movimiento impulsado por ciertos ideales, pero siempre uno acaba defendiendo sus propios intereses o los de su grupo, llámese estamento nobiliario, o cualquier otra cosa. Y que conste de eso sabemos mucho en el mundo universitario, verdadera caja de vanidades aglutinadas unas veces por las miopes ambiciones de sus protagonistas, y otras simplemente por intereses personales de difícil justificación social, pero de fácil justificación intelectual.

Los caballeros templarios inculcaron al niño-rey una serie de valores que estarían presentes a lo largo de su reinado, y que se podrían concretar en tres: religiosidad, lealtad y fidelidad. Precisamente serán estos dos últimos lo que le negarán ciertos grupos de nobles en Cataluña y casi mayoritariamente la nobleza de Aragón.

Desde su más tierna infancia, y debido a su orfandad, Jaime I está prácticamente prisionero de los ricoshombres o la nobleza.

En mayo de 1214 Jaime I fue librado en Narbona a sus súbditos representados por una serie de barones, en su mayoría catalanes, a cuyo frente se encontraba el hijo del conde Ramón Berenguer IV, Sancho, que ostentaba el título de conde de Provenza, junto con Guillem de Montrodon maestre del Temple para la Península Ibérica y Provenza, esta-

ban también Guillem de Montcada y Dalmau de Creixell, aureolado del prestigio adquirido en la batalla de las Navas de Tolosa, y Guillem de Cervera. En esta comitiva sólo se cita a un aragonés, el obispo Ispán de Santa María de Albarraçín. Hay que hacer notar que el conde Sancho, hermano de su abuelo, tenía aspiraciones a la corona, al igual que el infante don Fernando, hermano de Pedro el Católico, y, por lo tanto, tío carnal del rey, pero que al ser abad de Montearagón, le era más difícil mostrar claramente sus aspiraciones. El poder siempre obnubila a los que quieren alcanzarlo y desquicia una vez se tiene, sobre todo, por el afán de perpetuarse en él.

Un personaje tan avezado en las intrigas palaciegas y revueltas nobiliarias de todo tipo, como fue el cardenal Mazarino, escribió en el siglo XVII un tratado político que hoy lo titulamos *Breviario de los políticos*². Él inculcó a Luis XIV los principios del poder monárquico que se basan en dos: Aguanta y Abstente, y muy especialmente en «Conoce a los demás». Siempre recomienda Mazarino actuar con prudencia y afirma: «Hay dos maneras de ser prudente. Una consiste en ser cauto a la hora de confiar; por ejemplo aunque te encuentres entre amigos en un lugar seguro, no te fíes de ninguno, sino que sospecha de todos, porque pocas son las amistades que no decepcionan». Para más adelante aconsejar: «elogia a quien conviene que caiga en desgracia delante de la persona que lo favorece, pero de tal manera que el elogio acabe resultando ofensivo para su protector». Es una sutil manera de concitar el odio contra los enemigos.

Lástima que Jaime I no hubiese tenido a un Mazarino como mentor, ya que muchas de las revueltas a las que tuvo que hacer frente no se hubiesen producido.

Eran otros tiempos y Maquiavelo todavía no había influido en el pensamiento político. La mentalidad caballeresca y de servicio inculcada por los templarios fue decisiva en la actuación de nuestro Jaime I.

Jaime, y especialmente el regente Sancho, tuvieron que enfrentarse, en primer lugar, a los problemas nobiliarios, ratificando normas legislativas y formando concordias entre bandosidades o grupos señoriales. Porque una de las cosas más repetidas en la Historia son los enfrentamientos dentro de un mismo grupo de intereses o de igual sentir. Y es que los verdaderos enemigos se encuentran dentro del propio grupo, estamento, partido o como se quiera llamar en cada momento, mientras que los adversarios son los que están fuera del grupo.

² Barcelona, ed. Acantilado, 2007.

En el principado de Cataluña el primer problema estalló por las ambiciones de Guerau de Cabrera, cuñado del conde Armengol VIII de Urgell, que aspiraba a dicho condado, en detrimento de los derechos de la hija de éste, Aurembiaix, y Elvira Subirats. Este problema se arrastraba desde época de Pedro el Católico, que ya había firmado un pacto con Elvira Subirats para esposar a su hijo Jaime, de sólo dos años de edad, con la hija de Elvira Subirats y el Armengol VIII de Urgell. De haberse realizado este proyecto el condado de Urgell hubiese quedado vinculado de manera directa a la casa real de Aragón y condal de Barcelona; pero estos pactos matrimoniales fueron declarados nulos por el compromiso de Pedro el Católico y Simón de Montfort en 1210 de casar a Jaime con Amicia, hija del de Montfort.

Las intrincadas y complejas circunstancias feudales y señoriales en Occitania y la consiguiente cruzada contra los albigenses que culminaría con la derrota y muerte de Pedro el Católico en la batalla de Muret, aquel trágico jueves 12 de septiembre de 1213³ envenenaron aún más la situación del condado de Urgell debido a las pretensiones de Guerau de Cabrera, que se había apoderado de diversos castillo y propiedades en dicho condado. Por eso en las Cortes celebradas en Lérida, se llegó a un acuerdo con Guerau de Cabrera que aceptó el compromiso de pagar al rey 24.000 florines y 50.000 sueldos en calidad de prenda, en caso de no devolver las fortalezas y propiedades conquistadas. De hecho en este conflicto no se llegó a una paz definitiva y el acuerdo firmado sólo tenía una validez para dos años, mientras que Aurembiaix, en aquella época en Castilla, no podía decir nada al respecto, aunque teóricamente fuese la protagonista de los hechos.

El pleito por los derechos del condado de Urgell demuestra muy claramente cuáles serán los problemas que tendrá Jaime I con la nobleza catalana. Serán problemas puntuales y motivados esencialmente por límites fronterizos entre señores feudales y ambiciones desmesuradas de otros señores sobre pequeños propietarios o sobre propiedades reales. La nobleza era reticente al avance en derechos y privilegios que pudieran conseguir el pueblo llano y las minorías de judíos y musulmanes, como quedó reflejado en las Constituciones de *Pau i Treva* aprobadas en Lérida en 1217, que en cierta manera no eran más que la ratificación de las aprobadas en Monzón en 1214.

³ Sobre la batalla de Muret y el comportamiento de Pedro el Católico y sus nobles en ella, se publicó por la Universitat de Barcelona el magnífico libro de Martín Alvira, *El jueves de Muret*, Barcelona, 2002, y del que recientemente ha aparecido una versión más reducida y asequible para el gran público titulada *Muret 1213. La batalla decisiva de la cruzada contra los cátaros*, Madrid, Ariel, 2008.

La nobleza ya en 1217 constituyó una especie de liga del bien público, o sea, una especie de liga nobiliaria para defender al jovencísimo rey de los peligros que le amenazaban. Esta coalición de nobles aragoneses y catalanes estaba formada entre otros por el arzobispo de Tarragona, Pedro Fernández de Azagra, Guillem de Cervera, Ramón de Cardona y Guillem de Montcada.

Una cosa queda clara desde el inicio del reinado de Jaime I, que la nobleza aragonesa es más fuerte y está más unida que la catalana, y que ambas están poco dispuestas a contribuir al pago de los impuestos preceptivos y menos a crear nuevas cargas que las afecten.

Por presiones de los cruzados del norte y de la Santa Sede, y ante la recuperación de la ciudad de Toulouse por su conde, Jaime I tuvo que cesar a su tío abuelo Sancho como regente, el 8 de septiembre de 1218, ya que éste no había perdido la esperanza de recuperar los territorios occitanos si la ocasión era propicia. Al frente del grupo nobiliario que se declaró fidelísimo al rey y le apoyó en la destitución de su tío abuelo estaban: el obispo de Tarazona, el arzobispo de Tarragona, el maestro del Temple, Pero Ahonés y Guillem de Cervera que alejaron todo enfrentamiento con la Santa Sede y cualquier problema que pudiese venir de Occitania y pudiese afectar a la Corona de Aragón, y, sobre todo, a sus propios intereses. Ahora Jaime, con diez años, se encontraba en manos de una nobleza que lo sacó definitivamente del castillo de Monzón, y que en su mayor parte era aragonesa. Se iniciaba una serie de luchas nobiliarias, la mayor parte de ellas ocasionadas por cuestiones personales o jurisdiccionales, que no voy a tratar ya que la mayoría tiene lugar en suelo aragonés⁴.

En noviembre de 1226 la liga nobiliaria aragonesa, y unos cuantos nobles catalanes, que tenían posesiones en Aragón, se unían a las ciudades aragonesas, excepto Calatayud, que manifestaban sus discrepancias con el rey en Zaragoza. Las ciudades catalanas y la mayoría de la nobleza catalana permanecieron fieles a Jaime I. Los Cardona y los Montcada, de dudosa fidelidad en aquellos momentos, fueron comprados por el rey a base de hacerles concesiones económicas. A los Cardona se les reconocieron las deudas contraídas por su padre Pedro el Católico y que todavía no habían sido pagadas, otro caso similar fue el de Berenguer de Erill o el mismo Ponç de Cabrera, que se hacía nombrar conde de Urgell. Jaime necesitaba aglutinar a su alrededor gentes y

⁴ Es muy interesante y aclaratorio sobre este tema la obra de Ernest Belenguier, *Jaume I i el seu regnat*, Lleida, 2007. (Existe versión en castellano).

poder. Los problemas que aquellas decisiones pudiesen suscitar quedaban para ser solucionadas en el futuro, como así sería en el caso de los Cabrera y Aurembiaix.

Toda esta confusa situación terminaría en marzo de 1227 cuando después de muchas mediaciones e intentos de llegar a un acuerdo, muchos caballeros y el infante don Fernando solicitaron hablar con el rey para conseguir la paz. El carisma y el carácter del joven rey les había vencido. Jaime I ya no era el niño-rey que había salido de Monzón sin conocer nada de su verdadero poder. Ahora y de aquí en adelante sabría moverse hábilmente y beneficiarse de la debilidad y desunión de los nobles para fortalecer la monarquía.

Jaime I tuvo desde su adolescencia las ideas bien claras sobre la nobleza a la que tuvo que imponerse haciendo servir por partes iguales la astucia, la persuasión y los gestos de autoridad. Estando sitiando Valencia en el Puig hizo la siguiente afirmación «al món no hi ha poble tan sobrer com són els cavallers». Y esto lo vivió en su propia carne ya que sus hijos encabezaron cada uno su propia facción nobiliaria, en lucha unas veces contra el padre o contra sus otros hermanos. En realidad todo su reinado está lleno de revueltas de unos indómitos y turbulentos nobles sabedores de su fuerza y de sus derechos, que únicamente los paréntesis de las conquistas de Mallorca, Valencia y Murcia encauzaron sus energías que se consumían por lo general en conflictos internos.

Las futuras conquistas se presentaban como un ideal que alejase a la nobleza de sus mezquinas luchas civiles y les lanzase contra el islam, a cambio de importantes beneficios y aumento de sus rentas.

En tierras catalanas el problema de la herencia y gobierno del condado de Urgell servirá de ensayo general para Jaime I de lo que será la conquista de Mallorca. El fallecimiento del conde Armengol VIII en 1208 lanzó a Elvira Subirats en manos de Jaime I frente a las pretensiones de Guerau de Cabrera, como ya hemos visto anteriormente. Pero un nuevo panorama se abría con los trámites de anulación del matrimonio del joven soberano con su primera esposa y prima Leonor de Castilla. Elvira Subirats quería un contrato de concubinato entre el monarca y Aurembiaix que frenase las ambiciones de su cuñado Guerau de Cabrera. El 28 de octubre de 1228 se firmaba el documento de concubinato defendido ante la corte por Guillem Sasala, jurista formado en el Estudio General de Bolonia, y el padrastro de Aurembiaix Guillem de Cervera, señor de Juneda, que es citado por el soberano como un «un hom antic dels pus savis hòmens d'Espanya». En el documento de

concubinato se estipulaban los territorios que el rey daría en feudo al hijo que pudiese nacer de aquella unión: el condado de Urgell, la Cerdaña, el Conflent, Berga y el Bergadá. Esta nueva situación hizo que Jaime I tuviese que enfrentarse a los Cabrera, padre e hijo, Guerau y Ponç, y arrebatárles una a una las villas del condado. Fue una rápida campaña en la que el joven monarca adquirió experiencia guerrera y que le sirvió de ensayo general de la campaña para la conquista de Mallorca, ya que fue precisamente después de estos acontecimientos que muchos nobles catalanes y ciudadanos de Barcelona centrasen sus ambiciones sobre el archipiélago balear.

A finales de 1228 las Cortes reunidas en Barcelona con el apoyo unánime de los obispos, magnates y ciudadanos acuerdan la campaña de Mallorca, a la vez que para asegurarse la retaguardia se aprueba una Constitución de Paz y Tregua para todo el territorio catalán.

Jaime I con solo veinte años supo con sus palabras captarse la voluntad de los ambiciosos nobles y mercaderes, alegando las ventajas económicas que ello reportaría para todos al repartirse el botín correspondiente, por eso ningún estamento puso inconvenientes a las peticiones reales sobre un impuesto general para toda la población de Cataluña. El magnate más importante de Cataluña, Guillem de Montcada, vizconde de Bearn, se adhiere gozoso al proyecto de conquista y promete aportar 400 caballeros armados de su linaje, el conde de Ampurias aportará 70 caballeros, 50 Ramón de Montcada, 30 Ramón Alemany de Cervelló y Guillem de Claramunt. Es una importante cantidad de profesionales de la guerra movilizados por un solo linaje. A estos se añadirán los 100 que aportará el conde del Rosellón y tío del rey, Nuño Sancho. El obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, aporta 100 más, el obispo de Girona 30 y así una serie de abades y cargos eclesiásticos. ¿Por qué la llamada del rey tiene tanto éxito? Sin ninguna duda ha despertado la codicia humana, ya que había la promesa real escrita en un documento de 23 de diciembre de 1228 en que dice que se repartirá proporcionalmente la tierra, los castillos, las villas, las casas, los bienes muebles que se obtendrán según el número de caballeros y hombres armados que aporte cada uno. También puso las futuras diócesis de las islas bajo la jurisdicción del obispo de Barcelona, uno de los grandes beneficiados por la conquista.

No vamos a hablar de la violencia de toda conquista, ni de los ocho días en que la Medina Mayurqa fue saqueada sistemáticamente por los conquistadores, ni tampoco del reparto (Repartiment) de la isla, así como de la de Ibiza que fue conquistada por el arzobispo de Tarragona, Guillem de Montgrí y su hermano en 1235. Lo cierto es que Jaime I con

la conquista de Mallorca abría una nueva ruta por donde las ambiciones nobiliarias y la apetencia de los mercaderes podían discurrir a partir de ahora pensando en una continua expansión sobre al-Ándalus. Sin proponérselo el monarca había iniciado la expansión mediterránea de la Corona de Aragón, que se había iniciado con unas miras de mucho menor alcance y como vía de escape ante las presiones internas de la nobleza catalana y de la burguesía mercantil barcelonesa.

La conquista de Valencia es más compleja, ya que en ella intervienen nobles, caballeros y repobladores aragoneses y catalanes. En 1225 había habido por parte de Jaime I un doble fracaso en el intento de conquistar Peñíscola y la nueva ocasión se presentó con la expedición mallorquina. Ya en 1232 uno de los grandes nobles aragoneses, Blasco de Alagón, había tomado por su cuenta Morella y había el peligro de que se constituyera un territorio autónomo, como había sucedido anteriormente con Pedro Fernández de Azagra en Albarraçín. La conquista del territorio valenciano la había iniciado un magnate aragonés sin contar con el beneplácito del rey y existía el peligro real de que otros siguiesen su ejemplo. Por eso la conquista empezó en la primavera de 1233 cuando Jaime I había convocado a los participantes en la hueste en Teruel desde donde marcharía hacia Burriana, la más importante población de la Plana y un notable centro económico y político. La expedición estaba compuesta además de por los caballeros de la hueste real, por los que aportaron los obispos de Zaragoza, Lérida y Tortosa; los maestros de las órdenes militares del Temple, el Hospital de San Juan de Jerusalén, los santiaguistas de Uclés y Calatrava; el infante Fernando, tío del monarca; los principales nobles de Aragón y Cataluña, entre los que sobresalían Blasco de Alagón, Guillem de Cervera, Guillem de Cardona, Rodrigo de Lizana, Eximén de Urrea, Bernat Guillem, amén de los peones de las ciudades y villas de Teruel, Calatayud, Daroca, Lérida y Tortosa. No voy a tratar de todas las vicisitudes y etapas de la conquista del reino islámico de Valencia; lo que sí es indudable es que fue una sucesión de cabalgadas, asedios y pillajes hasta el sitio y conquista de la capital del reino. La ciudad de Valencia se rindió el 28 de septiembre de 1238 ante el disgusto de los magnates que esperaban entrar en la ciudad por asalto y someterla a un saqueo total, como se había hecho años antes con la ciudad de Mallorca. El 9 de octubre Jaime I entraba en Valencia y tres días después empezó el reparto de las casas y de las tierras de los que habían sido deportados.

Años más tarde, en 1265, la campaña contra Murcia a instancia de su yerno, Alfonso X de Castilla y León, sirvió nuevamente para convocar a una serie de magnates, entre los que no faltaron los catalanes, siempre ávidos todos ellos de aumentar su patrimonio y riquezas.

Los últimos años de la vida del rey están marcados por los enfrentamientos con sus propios hijos, las revueltas nobiliarias y una gran insurrección de los musulmanes valencianos, que pusieron en peligro algunos de los éxitos de su reinado.

En algunos casos estos levantamientos encontraron su razón en las sucesivas particiones de sus reinos, ya que Jaime I, como todos los soberanos de la época, tuvo un claro sentido patrimonial de sus reinos y territorios. Poco después del nacimiento del infante Pedro en 1240, el rey otorgó un nuevo testamento en el que le dejaba los reinos de Valencia y Mallorca, la ciudad de Montpellier, las tierras occitanas y los condados del Rosellón y Cerdaña. Esta división no sólo perjudicó al primogénito Alfonso, sino también a los aragoneses y catalanes, que se veían privados de sus conquistas, a más de dejar la Corona en una posición más débil frente a Francia y Castilla. Tres años más tarde, en 1243, nació el infante Jaime, y el monarca procedía a una nueva partición que dejaba a Alfonso nada más que con el reino de Aragón; a Pedro con el principado de Cataluña y a Jaime con los dominios valencianos, occitanos y mallorquines. El nuevo reparto provocó las protestas de los catalanes, porque a Alfonso se le adjudicaba también Lérida y la zona comprendida entre el Segre y el Cinca. El mismo Alfonso se sublevó al considerar lesionados sus derechos, y junto a él estuvieron muchos aragoneses y valencianos. El nacimiento de dos hijos más complicó las cosas todavía más. Mientras que Sancho era destinado a la carrera eclesiástica y llegó a ocupar la mitra toledana, a Fernando le dejaba Montpellier, el Rosellón y la Cerdaña y todas las tierras occitanas. Esto suponía una nueva reasignación de reinos: Alfonso continuaría con Aragón, Pedro heredaría Cataluña y Mallorca y Jaime obtendría Valencia.

Nada más acabada la campaña de Murcia, Jaime tuvo que ir a Gerona y Montpellier para arbitrar un conflicto entre el conde de Ampurias y Ponç Guillem de Torroella por la posesión de unos castillos. En el camino de regreso de Perpiñán recibió una carta de desafío del noble aragonés Freís de Lizana, una insolencia que el rey solucionó por la vía rápida, yendo a Lizana asediando el castillo y colgando a algunos de sus defensores.

En Urgell, en vísperas de la Cruzada a Tierra Santa en 1269 tuvo que reprimir una revuelta de algunos barones de Cataluña encabezados por Ramón de Cardona que querían apoderarse del condado.

Pero el enfrentamiento más grande, después de la frustrada expedición a Palestina, fue con su hijo Pedro. Ya que al morir Juana, hija del

último conde de Tolosa y de su marido Alfonso de Poitiers, el condado había de pasar a Francia, pero los tolosanos se lo habían ofrecido a Pedro y este había aceptado. Se impuso el padre que hizo cumplir el Tratado de Corbeil. Por otro lado, Pedro sentía una gran aversión hacia su hermano bastardo Fernando Sanchís de Castro, al que acusaba de haberse puesto al servicio de Carlos de Anjou y de haber querido envenenarle. Fernando a su vez se quejaba de que Pedro había intentado matarlo una noche en Burriana, enviando hombres armados a la habitación en donde dormía con su esposa, pero que había podido escapar a tiempo.

Durante dos años Pedro tuvo que huir de la ira del rey hasta que en la Navidad de 1273 padre e hijo se reconciliaron en Játiva. Esta reconciliación del rey y su hijo Pedro supuso poder actuar contra la nobleza aragonesa y catalana encabezada por Fernando Sanchís, el hijo bastardo, que tenía ciertas veleidades de suceder a su padre en el trono.

Mientras Jaime entraba en el Ampurdán para atacar al conde de Ampurias, Pedro lo hizo en Aragón para combatir a Pero de Urrea, Artal de Luna y Pedro Corneil, y, sobre todo, al odiado Fernando Sanchís, al que hizo prisionero e hizo ahogar en el río Cinca. Esta muerte supuso dejar sin cabeza, al menos de momento, a la nobleza feudal.

Fue en este momento cuando estalló la sublevación islámica en tierras valencianas. El buen entendimiento entre el futuro Pedro el Grande y su padre propició el dominio de las ambiciones nobiliarias. El devenir de los hechos hizo que la muerte del primogénito Alfonso facilitase las cosas a Jaime I, que tuvo que dividir sus reinos y condados patrimoniales únicamente entre sus hijos Pedro y Jaime. Tantas discordias y luchas que habían ocasionado los distintos testamentos de Jaime I, finalizaron de momento con una sola partición del patrimonio familiar.

El rey siempre buscó ante todo la paz social y se mostró como un caballero que cumple con la palabra dada. Jaime I concedió libertades a los repobladores de las tierras conquistadas frente a las pretensiones feudales de los nobles aragoneses y catalanes. Las cartas de franquicia que concedió son una buena muestra de ello. Siempre se mostró más partidario de los entendimientos que de los enfrentamientos, por eso desaprobó las actitudes más duras y enérgicas de su hijo Pedro contra la nobleza. Esta voluntad no le privó de tomar decisiones duras, como cuando en 1246 hizo cortar la lengua al obispo de Gerona, Berenguer de Castellbisbal, por rebelar un secreto de confesión. Un poco corriente sentido común brilló en la mayoría de sus decisiones, siempre que no estuvieran mediatizadas por los numerosos líos de faldas que tuvo.

El reinado de Jaime I es largo, complejo y apasionante en todos los conceptos, y en el imaginario colectivo de sus antiguos reinos y condados ha quedado de este soberano una memoria idealizada como una época dorada, de libertad y de plenitud nacional. La realidad es que las cosas no fueron tan doradas, y como siempre las ambiciones personales de los más poderosos primaron sobre los intereses colectivos, aunque a veces coincidieran por motivos muy dispares.